

2

LA TURBULENCIA EN EL PAISAJE: DE JÓVENES, NECROPOLÍTICA Y 43 ESPERANZAS

ROSSANA REGUILLO CRUZ¹

La dignidad no marcha por una carretera recta. El camino por recorrer son múltiples caminos que se hacen al andar: caminos, entonces, que resisten definición. Más que una marcha, es un caminar, un andar. Un caminar, pero no simplemente un pasear. La dignidad es siempre un caminar en contra de: en contra de todo lo que niega la dignidad.

John Holloway

El paso del siglo XX al XXI fue caótico y abundante en señales de lo que deparaba el futuro en un mundo en el que se radicalizaban las asimetrías entre los poderes propietarios y los sectores más empobrecidos; en el que ganaba espacio y legitimidad la globalización económica y su gestión neoliberal como única alternativa posible; en el que se evidenciaba la crisis de credibilidad en las instituciones, principalmente políticas y se cocinaba a fuego lento la narrativa sobre el joven como un guerrero solitario que librado a sus propias fuerzas y méritos, debería conquistar su lugar en el mundo.

Los años que siguieron agudizaron todas estas tendencias y ya bien entrado el siglo XXI, fue posible constatar que en un reparto inequitativo de los riesgos derivados de ese modelo de «desarrollo», los más vulnerables, los más afectados, fueron y siguen siendo las y los jóvenes.

©Nedediciones

1 Profesora de la Universidad ITESO e investigadora en Comunicación y Antropología Social.

JUVENICIDIO

Según el Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA), actualmente hay cerca de 1.800 millones de personas en el mundo que tienen entre 10 y 24 años, lo que representa una tercera parte de la población mundial. Aproximadamente la mitad de ellas sobrevive con menos de 2 dólares al día. Más de 100 millones de jóvenes no asisten a la escuela; 16 millones de jovencitas se convierten anualmente en madres; y, el 41% de las 6.000 nuevas infecciones diarias por VIH entre personas mayores de 15 años, se presentan entre jóvenes.

Pero más allá (o más acá, si se prefiere) de estos datos que consignan las condiciones que experimentan cotidianamente millones de jóvenes en el mundo, quisiera centrarme, en esta ocasión, en el caso mexicano.

Quisiera introducir una pregunta incómoda, no tanto por las respuestas que se anticipan, sino además porque formularla implica asomarse al abismo, salir a la intemperie para tratar de producir un mínimo de inteligibilidad sobre el turbulento paisaje al que asistimos. La pregunta en cuestión es: ¿de qué mueren los jóvenes? En sí misma la pregunta es casi un absurdo, en tanto configura una aporía, es decir, representa una dificultad lógica y, una paradoja de carácter irresoluble. Las promesas de la modernidad, del libre mercado, de la democracia y el desarrollo, indicarían que los jóvenes representan todo lo contrario a la muerte. Tanto el pensamiento clásico como el contemporáneo coinciden en que la aporía puede ser resuelta no tanto a través del avance en el conocimiento, sino en un viraje epistemológico, es decir en un cambio de episteme en el sentido foucaultiano: se trata de un marco de saber acorde a una determinada «verdad» impuesta desde un poder o poderes, en cada época. Lo fundamental de esta noción es asumir que resulta extremadamente difícil que las personas, las ciencias, el pensamiento, puedan entender o concebir las cosas y las palabras al margen de la episteme de la época en la que existen esas personas, esas ciencias, ese pensamiento (Foucault, 1970).

¿De qué mueren los jóvenes? La respuesta más simple es: de violencia, ese fantasma que acecha en cada esquina, en cada barrio, cañada, encrucijada, carretera; ese lenguaje epocal que representa un atajo cultural: la aniquilación del otro para dirimir un conflicto. De eso mueren el 55%

La turbulencia en el paisaje: de jóvenes, necropolítica y 43 esperanzas

de los jóvenes en territorio mexicano. Los datos fríos y sin análisis ya son elocuentes.

Tan sólo en el año 2012, fallecieron en México 20.658 jóvenes, por causas violentas. La muerte por agresión para hombres y mujeres, alcanza el 44,1%, lo que implica 16.298 vidas cegadas por las violencias directas que azotan este país.

Los datos de las entidades federativas con mayor incidencia de fallecimientos violentos de jóvenes ilustran que no estamos frente a un asunto que pueda circunscribirse al imaginario construido por el poder, en torno a las zonas «calientes» del país, sino frente a un mapa nacional que se desangra. México está perdiendo a sus jóvenes y no hay estrategias de contención suficientes ni adecuadas.

A continuación la siguiente tabla nos muestra los datos por entidades federativas con mayor número de jóvenes fallecidos, repito, de muerte violenta en 2012.

Entidad federativa	Mujeres	Hombres	Total
Estado de México	1.152	3.454	4.608
Jalisco	584	1.882	2.466
Veracruz	699	1.808	2.507
Chihuahua	405	1.770	2.175

Fuente: INEGI. Estadísticas de Mortalidad, 2012. Elaboración propia.

Y las estadísticas para documentar este horror podrían seguir, pero no ayudan si no somos capaces de alterar el marco de las preguntas posibles, es decir, un cambio de episteme; un intento por socavar las bases en las que se asienta nuestra comprensión del mundo.

Y una vez más con Foucault pero más allá de él, intento desplazarme de la biopolítica a la necropolítica.

Interrogar, acudir, replantear

Muchos años han pasado desde que Michel Foucault elaborara su teoría sobre el biopoder, que después se convertiría en la muy visitada biopolítica, que ha sido una fuente inagotable para comprender distintos procesos a través de los cuales el poder gestionó la vida de los ciudadanos a través del control, la sanidad, la eugenesia, la estadística, entre otras tecnologías. Ríos de tinta, análisis, interpretaciones brillantes, conocimiento acumulado se deben a este poderoso artefacto intelectual que ha logrado desmontar las verdades naturalizadas en torno al poder sobre la vida humana y social.

Años después, Achille Mbembe un pensador camerunés —que no es dato menor— dedicado a pensar lo que él denomina «la larga noche del mundo africano postcolonial», acuñaría la noción de necropoder o necropolítica, que inspirada en el pensamiento foucaultiano, quiere colocar el énfasis en el poder de hacer morir y dejar vivir. Este poder de muerte, se inscribe en la lógica del capitalismo salvaje que ha cosificado la vida.

Para Mbembe (2011), «el locus postcolonial es un lugar en el que un poder difuso, y no siempre exclusivamente estatal, inserta la “economía de la muerte” en sus relaciones de producción y poder: los dirigentes *de facto* ejercen su autoridad mediante el uso de la violencia».

Desplazar la pregunta por el control sobre la vida, al poder sobre el control de la muerte, el necropoder.

Un día, ayer, un instante perpetuo

El poeta mexicano —que dejó de serlo, por dolor; pero que no puede no serlo—, Javier Sicilia, que perdió a su hijo en marzo de 2011 en uno de esos episodios del necropoder, ese poder ambiguo, complejo, devastador y omnipresente en México, fue entrevistado a propósito de la desaparición forzada de 43 jóvenes estudiantes de la Escuela Rural Raúl Isidro Burgos en el Estado de Guerrero, que voltearon a este país de cabeza, dijo: «Cierro los ojos y miro a mi hijo, ese muchacho noble. Con su angustia, aterrado, esperando

que unos tipos lo vayan a matar. Ese instante me duele mucho, en el que uno que se parece a ti te arranca la vida. La memoria es terrible. Ya sucedió, pero sigue sucediendo. Ya pasó, pero no».²

Quizás, no lo sé con certeza pero me atrevo a formularlo, la violencia es eso, ese «instante que sigue sucediendo», fuera de control, ajeno, terrible. Esa trompeta apocalíptica que desciende, fugaz pero ya eterna, sobre la vida que ya no es vida, sino muerte administrada, gestionada por la voracidad de una maquinaria necrófila, robustecida por el aparato político y económico.

Instantes perpetuos en una geopolítica de la ganancia, que no duda en exterminar aquello que considera una excrescencia, una fístula potencialmente cancerosa en su geometría de poder. Para mala suerte, es, claro, un decir, las y los jóvenes que se han colocado en esa zona incómoda para el geopoder que ha sido hábil en «hacer ver» las desapariciones y asesinatos de jóvenes como casos aislados, desprovistos de lectura política, condenados a perderse en la nota roja. ¿De que mueren las y los jóvenes?

En México el horror se ha vuelto una categoría de análisis. A lo largo de mi investigación en torno a las violencias vinculadas al narcotráfico y de manera especial su relación con los universos juveniles en el país, tanto a través de los (pocos) datos duros que circulan de manera oficial, como a través de mi trabajo etnográfico, he podido constatar la presencia de jóvenes —cada vez de menor edad—, en la espiral de violencias en la que cada acto parece ser el definitivo, el más brutal. Por ejemplo, me pareció que con la masacre de 16 jovencitos en Villas de Salvárcar en Ciudad Juárez, el 31 de enero de 2010, el horror había alcanzado un límite intolerable, no podía haber nada peor. Pero poco después la sangre volvió a inundar un barrio popular en Ciudad Juárez, esta vez con la ejecución de 14 personas, jóvenes la mayoría y con 19 heridos de gravedad, un 22 de octubre de ese mismo año fatídico. Dos días después, el 24 de octubre, 13 jóvenes fueron masacrados en un centro de rehabilitación para adictos en Tijuana; el 28 de octubre, 16 jóve-

2 «El PRI creyó que podía administrar el infierno». Entrevista a Javier Sicilia. *El País*, 18/10/2014. Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2014/10/18/actualidad/1413604263_947548.html

JUVENICIDIO

nes fueron ejecutados en un auto-lavado en Tepic y, un día después, el 29 de octubre, 7 jóvenes fueron ejecutados por un comando armado en Tepito. A la ejecución sistemática y brutal de jóvenes, se sumó el «espasmo doloroso» (no encuentro otra manera de llamarlo), por la masacre de los 72 migrantes en San Fernando Tamaulipas y la sucesión de noticias terribles sobre las llamadas «narco-fosas» que acabó de configurar la escena siniestra del México contemporáneo.

Los datos del Banco Mundial,³ son elocuentes; a partir del año 2008 la tasa de homicidios en México se incrementó notablemente; del total de homicidios registrados entre el 2000 y el 2010, un 42,8% se produjeron entre 2008 y 2010, casi la mitad de los 139.000 homicidios registrados. En la primera década del siglo XXI, los jóvenes de 20 a 29 años fueron los más afectados. Tan sólo en 2010, 4 de cada 10 personas asesinadas fueron jóvenes de 25 a 29 años y 3, de cada 10, jóvenes de 20 a 24 años. A esta estadística del horror, hay que agregar el indefinible número de desaparecidas y desaparecidos, los 47.000 migrantes que han perdido la vida a manos del crimen organizado a su paso por México en los últimos 6 años, según documenta la International Organization for Migration (IOM, 2014). Y los números pueden seguir hasta llegar al 26 de septiembre de 2014, ese «instante que sigue sucediendo» en el que fueron ejecutadas 6 personas, 3 de ellos normalistas de la Normal de Ayotzinapa, uno de ellos desollado, sin rostro y, 43 estudiantes desaparecidos por la acción y omisión de las fuerzas del orden, policías locales, federales y ejército en complicidad con políticos y narcotraficantes.

Cómo entender Ayotzinapa, el nombre del horror, sin acudir a la historia reciente de este país, a la geopolítica y especialmente a la necropolítica.

En su ensayo sobre el nuevo libro del Comité Invisible (titulado *A nuestros amigos*, de próxima aparición en castellano), Amador Fernández Savater, ese pensador en los bordes, coloca una idea que resulta central para analizar la relación entre lo que llamamos el neoliberalismo y la necropolítica. Dice Fernández Savater:

3 El BM usa como referencia los datos del INEGI, es decir información oficial, lo que hace suponer que hay un subregistro de las muertes violentas.

La turbulencia en el paisaje: de jóvenes, necropolítica y 43 esperanzas

La política no opone un grupo a otro, un discurso a otro, sino un mundo a otro. El neoliberalismo juega en ese nivel y de ahí su fuerza. Es decir, no sólo es la imposición de ciertas políticas macro, sino también «el hecho de que se admita en lo sucesivo como natural una relación con el mundo basada en la idea según la cual cada uno tiene su vida». El neoliberalismo no es principalmente ideológico sino «existencial» y sus catástrofes están ya implícitas en esa idea de la vida, materializada en los gestos más cotidianos (2015).

Lo que me interesa retener de este párrafo, es justamente la idea de que el neoliberalismo no es una ideología, sino una experiencia cotidiana que se experimenta —como naturalizada—, en todos los órdenes de la vida social. Sustentada en unas tecnologías y en unas infraestructuras que además de sostener «la vida que llevamos», configuran nuestras percepciones del mundo. Para Mbembe, cada fase del imperialismo ha tenido sus tecnologías claves. A propósito de la ocupación colonial, afirma, por ejemplo, que se trata de una «cuestión de adquisición, de delimitación y de hacerse con el control físico y geográfico: se trata de inscribir sobre el terreno un nuevo conjunto de relaciones sociales y espaciales. La inscripción de nuevas relaciones espaciales (“territorialización”) consiste finalmente en producir líneas de demarcación y de jerarquías, de zonas y enclaves». Pero lo más relevante de esta discusión es que para Mbembe, las tecnologías de la ocupación colonial, producen las categorías para clasificar a las personas y, «una amplia reserva de imaginarios culturales» (2011: 45).

He sostenido en diversos ensayos y artículos de opinión, que el neoliberalismo equivale a un poder de ocupación y que su fuerza principal radica en la transformación de la sociedad «desarrollista» en una sociedad bulímica que engulle a sus jóvenes y luego los vomita: en narcofosas, en la forma de cuerpos ejecutados y torturados; en la forma de cuerpos que ingresan a las maquilas como dispositivos al servicio de la máquina; como migrantes; como sicarios, «halcones», «hormigas», «mulas» al servicio del crimen organizado; como soldados sacrificables en las escalas más bajas de los rangos militares; como botargas acaloradas de las firmas de *fast food* que proliferan en el paisaje. La enumeración de las formas en que «la catástrofe» de la idea

JUVENICIDIO

de vida y la vida misma que viven millones de jóvenes precarizados en el mundo, en Latinoamérica, México, escapa al poder de síntesis y a la capacidad de indignación.

©Nedediciones

Una escena: por orden imperial, la familia Atreides deberá hacerse cargo de la explotación del desértico planeta de Arrakis, conocido también como «Dune» que es el único planeta donde se encuentra «la especia», una potente droga que, además, es necesaria para los vuelos espaciales. Anteriormente, el planeta había sido gobernado por los Harkonnen, que habían ejercido su mandato con puño de hierro, dejando una huella indeleble en la población indígena del planeta. Cuando los Harkonnen atacan el planeta con el beneplácito del Emperador para retomar su posición dominante sobre el planeta, Paul, el hijo del duque Leto Atreides, deberá huir al desierto, donde le esperan múltiples peligros y una última oportunidad de vengarse y volver a su legítimo lugar como gobernante de Arrakis. *Dune*, dirigida por David Lynch (1984) basada en una novela de Frank Herbert, es una poderosa metáfora de la necropolítica y, especialmente, del papel que las y los jóvenes desempeñan en el mantenimiento de la gestión de la ganancia y la muerte. El Barón Harkonnen, un personaje decadente, obeso y lleno de pústulas que requieren ser drenadas, se convierte —en una de las escenas más terribles de la película— en la simbolización extrema de ese poder de muerte: requiere —por placer y necesidad— de sangre; frente a testigos impávidos y cómplices, el Barón engulle la sangre de su joven sirviente. Lynch nos devuelve así un espejo del horror, en la lógica de la necropolítica nos hace asistir a la evidencia contundente de «quien tiene importancia y quien no la tiene, quién está desprovisto de valor y puede ser fácilmente sustituible y quién no» (Mbembe, 2011: 46).

En un estupendo artículo publicado en *Nexos*, los investigadores José Merino, Jesica Zarkin y Eduardo Fierro, a propósito de Ayotzinapa pero más allá de Ayotzinapa, hacen un recuento escalofriante sobre las desapariciones en México (2015). Después de depurar la base de datos dada a conocer por Gobernación a principios de septiembre de 2014, los investigadores trabajaron con la cifra de 21.646 desaparecidos desde 2006 a septiembre de 2014.

Sus hallazgos no pueden ser más elocuentes para apuntalar la argumentación de este ensayo: la eliminación y desaparición sistemática de jóvenes es un proyecto del necropoder.

Para empezar, dicen los autores, «hay un claro sesgo masculino: el 70% de los desaparecidos son hombres». Y añaden: «México ha perdido, sobre todo, jóvenes. De los 21.646 casos analizados, 18.311 tenían menos de 44 años (85% del total); de éstos, 12.752 tenían menos de 29 años [...] La juventud de los desaparecidos es un punto para empezar a entender la no aleatoriedad del fenómeno», que como añade el artículo (que yo puedo corroborar desde mis propios datos empíricos), tiene un patrón similar al de los homicidios. Para diversas organizaciones no gubernamentales, la cuestión de la edad se vincula directamente con la edad productiva en los varones y con la trata en el caso de las mujeres. Diversos testimonios de familiares, madres, principalmente, señalan reiteradamente que han recibido informes de que sus hijos desaparecidos se encuentran en otros Estados, realizando trabajo esclavo para el crimen organizado.⁴ Las ejecuciones y las desapariciones de jóvenes no son «cosas que pasan», en México o en otras latitudes.

En diversas ocasiones he sido cuestionada —no siempre de manera amable— cuando utilizo el término «juvenicidio» para referirme a la violencia extrema contra las y los jóvenes. Sin embargo, pese a que aún carecemos de una elaboración conceptual equiparable a la noción de feminicidio,⁵ que ha sido ampliamente trabajada por las teóricas del feminismo, me parece que al acudir al término «juvenicidio», se ilumina una zona opaca de las violencias que nos azotan. No es éste el espacio para elaborar en profundidad en qué sentido el juvenicidio, podría o no abreviar en la genealogía del feminicidio, sin embargo, quisiera plantear lo siguiente: el feminicidio ha sido

- 4 Sugiero a las y los lectores interesados, revisar con detenimiento el artículo citado. Las relaciones que elaboran sus autores con el género, la infraestructura de la carretera y el decomiso de armas cortas y largas, ofrecen un material invaluable para contrastar la versión oficial que insiste en los «casos aislados».
- 5 El término feminicidio (una derivación del inglés *femicide*), fue utilizado por Diana Russell en 1976 en Bruselas. De entonces hasta ahora, el término ha sido revisado, revisitado y elaborado. Ver por ejemplo Radford y Russel (1992).

JUVENICIDIO

fundamentalmente definido como un crimen de odio, como una violencia extrema por razones de género; lo que estamos viendo en el caso de las ejecuciones y desapariciones forzadas de jóvenes podría inscribirse en un horizonte interpretativo menos nítido. Los jóvenes no son «matables» por utilizar una noción de Cavarero (2009), sólo por el hecho de ser jóvenes y, en sus muertes, a diferencia del feminicidio, no se actualiza de manera clara ninguna relación de poderes históricos o dominantes, no se trata de adultos eliminando jóvenes; hay policías eliminando jóvenes; soldados eliminando jóvenes; jóvenes sicarios eliminando a otros jóvenes sicarios; jóvenes sicarios eliminando a migrantes jóvenes o a jóvenes que no son definibles por alguna de sus características; hay paramilitares eliminando estudiantes, pero la complejidad del fenómeno no se agota ahí.

Quisiera entonces proponer, a manera de hipótesis, que el juvenicidio⁶ nombra, ilumina, elucida la muerte sistemática en función del valor del cuerpo joven, valor que aceita la maquinaria de la necropolítica. Valor que puede definirse tanto por positividad (yo te secuestro y después de obtener ganancias de distinta índole, materiales, simbólicas, territoriales; te elimino), como por negatividad (yo te hago desaparecer y te aniquilo, porque tu vida me estorba y eres más útil muerto). No se trata de una intencionalidad explícita sino de la operación cotidiana de un sistema sustentado en la administración de la muerte.

Intento ahora desplazarme a partir de estos elementos a los terribles acontecimientos de Ayotzinapa, cuyo saldo es el siguiente: 6 muertos (uno de ellos, desollado), 5 heridos de gravedad (dos al borde de la muerte) y la desaparición forzada de 43 estudiantes (uno de ellos identificado por un hueso); un presidente municipal y su esposa presos; un gobernador destituido, un palacio de gobierno y varios edificios gubernamentales en llamas; una presidencia terriblemente cuestionada ya no sólo por los mexicanos, sino además por la comunidad internacional y algunos de esos elefantiásicos organismos —como la ONU— que se han pronunciado con fuerza sobre el

6 Véase el «recuento de urgencias», elaborado por José Manuel Valenzuela en su libro *Sed de Mal*, págs. 166-172.

«caso». Una movilización social sin precedente en el país y el grito en las calles y en las redes de: «Vivos se los llevaron, vivos los queremos».

Escuchar la disforia, repensar el horror

A través de mi trabajo sobre las emociones, un camino que inicié en 1998 con una investigación sobre la construcción social del miedo en América Latina, se puede llegar a la siguiente formulación: las emociones son individualmente experimentadas, socialmente construidas y culturalmente compartidas. Esto significa que son las personas las que experimentan miedo, dolor, tristeza, ira, alegría, esperanza; esas emociones son construidas, modeladas y moduladas por la sociedad que define —históricamente—, aquellos elementos o situaciones que provocan tales emociones, pero es la cultura la que articula y provee a las emociones de un marco de operación, se trata del tejido simbólico, la cultura como sentido compartido, como espacio de consensos —con unos— y disensos —con otros—, y que permite dotar de una significación trascendente al mundo y a las emociones que experimentamos, más allá de los límites de nuestra propia piel. Es en la cultura donde se actualiza el conflicto y la disputa por los modos de sentir y de pensar.

Lo que en México se ha venido experimentando frente a las violencias brutales, se compone de diversas emociones negativas: horror frente a la muerte de otras y otros, que conduce al miedo por la amenaza real o difusa que esa violencia representa para mi propia vida, que me lleva a estados de tristeza e incertidumbre por la incapacidad de ejercer un mínimo de control sobre esas amenazas, sobre ese horror, sobre ese miedo; a la larga lista de masacres, decapitaciones, desmembramientos, desapariciones, se siguen episodios de ira, de odio. En un reciente texto, dije que México es un país disfórico (Reguillo, 2014); trato ahora de poner en contexto esta afirmación.

Propongo entender la disforia como una emoción «maestra» y no como una patología psiquiátrica. La disforia es una emoción desagradable y molesta que se alimenta de diferentes «estados de ánimo», generalmente tristeza, miedo, desesperanza. La literatura especializada sobre este «trastorno» es

JUVENICIDIO

primordialmente de carácter médico psiquiátrico (referido al individuo), aquí se intenta sacar la disforia de este registro para ponerla a funcionar en clave antropológica. Dejar hablar a la emoción desde sus arraigos empíricos, desde la intersubjetividad de grupos y personas que comparten este paisaje turbulento.

De entre los innumerables carteles, pancartas, dibujos que los manifestantes de Occupy Wall Street han venido utilizando, hay uno que me sigue pareciendo especialmente relevante para entender la atmósfera de la época convulsa que atravesamos; la llevaba un joven menor quizás de 20 años, en la primera toma del puente de Brooklyn allá por los intensos días de octubre de 2011; a paso lento y sin mezclarse con otros manifestantes, el rostro de ese joven me impresionó para siempre, mitad tristeza enorme, mitad enojo sin límite, su pancarta decía: *If you are not angry, you are not paying attention.*

Cuando la ola de indignación empezó a crecer en México a raíz del ataque a los jóvenes normalistas de Ayotzinapa el 26 de septiembre de 2014, recordé con nitidez aquella pancarta: «si no estás enojado, es que no estás prestando atención». Muchos corresponsales extranjeros, algunos periodistas nacionales, como muchísimas ciudadanas y ciudadanos, abrieron los ojos, sin aliento, como si estuvieran frente a hechos que parecían inéditos, pero no, no lo son. Aunque inédita sea la cruda y aterradora evidencia del grado de descomposición en las estructuras del Estado, que no puede ya esconder en ningún boletín de prensa, en ninguna declaración, pose o lamentación que la narco política capitalista controla buena parte del paisaje nacional.

Hay tres elementos centrales que quisiera colocar a propósito de lo que significa Ayotzinapa más allá de la crónica de los brutales hechos. En primer término, obligó al país a prestar atención sobre la magnitud del problema de violencias en el territorio nacional; volvió tematizable, audible, fotografiable que las y los jóvenes constituyen el sector más vulnerable, victimizable, mata-ble, desaparecible en el México contemporáneo y, propició una conversación colectiva en la que a través del diálogo (los gritos también), en las calles y en las redes, diversos y numerosos actores de la sociedad civil, «descubrieron» que su malestar, su «disforia» no era personal, que no estaban solas, solos, en esa experiencia distópica que significa vivir en el país de las fosas clandestinas.

La turbulencia en el paisaje: de jóvenes, necropolítica y 43 esperanzas

Así fue que las fosas clandestinas fueron convirtiéndose en noticia cotidiana, 69 cuerpos en una, 15 en otra, 11 en una más;⁷ como si se tratara de accidentes geográficos, esas heridas en la tierra, volvieron evidente el horror; rasgaron el tejido narrativo oficial que había logrado imponer el silencio y la normalidad, sacaron a la intemperie a comunidades y grupos afectados directamente y los pusieron en contacto con sectores que percibían la violencia como algo ajeno. Dice Sontag: «el vasto catálogo fotográfico de la miseria y la injusticia en el mundo entero le ha dado a cada cual determinada familiaridad con lo atroz, volviendo más ordinario lo horrible, haciéndolo familiar, remoto (“es la fotografía”), inevitable» (2006: 39). Tiene razón, sin duda, Sontag, pero en medio de un país tan roto como México, los 43 de Ayotzinapa y el rostro sin rostro de Julio César Mondragón, se convirtieron en mucho más que «fotografías» de lo atroz y trajeron el estremecimiento necesario frente aquello que es disforia pura y nos mandan actuar.

#43 Esperanzas y Más de #132 corazones: rostridad

Las preguntas y el convencimiento de que Ayotzinapa marca un punto de inflexión en este país desgarrado, no se agotan en una experiencia individual, subjetiva, aislada. No, de muchas maneras y de manera inédita, la desaparición forzada de 43 jóvenes normalistas, el asesinato de 6 personas, entre ellas, el joven Julio César Mondragón al que le fueron arrebatados el rostro y los ojos, en un acto de barbarie increíble, han detonado no sólo una indignación y tristeza colectiva, sino además una conversación nacional que de sur a norte parte de compartir el estupor, la sorpresa, el malestar por el país real: el de la corrupción, el de la impunidad, el de las fosas clandestinas, el de la frivolidad de los habitantes de Los Pinos; para arribar a una conversación sobre el país que queremos, una conversación que mezcla aspiraciones, deseos, propuestas y que no cesa. De lo más infame a lo más luminoso, Ayotzinapa ha

7 Desde el 2007 y sólo en tres Estados, Tamaulipas, Guerrero y Jalisco, 460 cuerpos han sido «recuperados» de estas fosas, vertederos secretos de ese poder oscuro, que «levanta» (secuestra) personas, enemigos o no, a plena luz del día y con ese mismo poder, los hace desaparecer.

JUVENICIDIO

sacudido el territorio, movilizado a cientos de miles de mexicanas y mexicanos que, anteriormente, permanecían en una condición de lejanía frente a las violencias que nos habitan.

©Nedediciones

En el texto ya citado de Fernández Savater sobre el Comité Invisible, se apunta algo fundamental: El CI afirma que «si los movimientos de las plazas han descolocado tantísimo a los “militantes de toda la vida” es por esto: no parten de ideologías políticas, no parten de una explicación del mundo, sino de verdades éticas. ¿En qué sentido, cómo se diferencia una “verdad ética” de una verdad tal y como estamos acostumbrados a entenderla, como adecuación del enunciado y la cosa?».

Me parece que las movilizaciones en torno a Ayotzinapa han tenido tanta fuerza, creatividad, imaginación, justamente porque lograron un desplazamiento de la ideología a «las verdades éticas». El *hashtag* #TodosSomosAyotzinapa se convirtió rápidamente en un espacio que permitía el amplio reconocimiento principalmente de jóvenes, que han sido los que han comandado la protesta y la imaginación en los nuevos lenguajes de la resistencia activa. Los rostros de los 43 normalistas desaparecidos y la fotografía de un sonriente Julio César Mondragón devienen comunidad, demanda, símbolo.

Voy a acudir al rostro como símbolo que atraviesa de modos distintos los sucesos y la experiencia frente a los sucesos.

Ya, Deleuze y Guattari en sus *Mil mesetas* (1980), señalaron que el rostro es una *política* y, que deshacer el rostro es otra forma de política, una de negación y aniquilamiento de lo máspreciado en términos de identidad-alteridad. En el capítulo 7 del libro mencionado, titulado: «Año-cero-rostridad», los autores elaboran un poderoso acercamiento a la relación entre producir el rostro y deshacer el rostro: «mírame cuando te hablo, mírame bien, pareces enojado», son expresiones que señalan que no hablamos una lengua general, sino una lengua que se ajusta a los rasgos de rostridad específicos. El rostro es primer plano, referencia primaria en nuestras relaciones.

Siguiendo esta línea de pensamiento, es importante entender que en relación a Ayotzinapa se desencadenan mecanismos muy fuertes de rostridad.

La turbulencia en el paisaje: de jóvenes, necropolítica y 43 esperanzas

Primera escena: el cuerpo inerte de Julio César Mondragón, nos fue devuelto sin rostro, sin ojos. La imagen terrible, mensaje de una narco-máquina que ya es experta en producir y gestionar terror. La política del desmembramiento, decapitación, disolución de cuerpos, no constituye una novedad; pero el desollamiento de Julio César, ese deshacer el rostro abre una dimensión específica en este horror, ya no se trata solamente de aniquilarte, sino de despojarte, de arrebatarlo lo más importante, el rasgo específico de tu rostridad.

Segunda escena: el terror, la parálisis, los ojos desorbitados de una sociedad que no puede entender, procesar, asimilar el trabajo de esta maquinaria de guerra. Un joven estudiante de primer ingreso en la Normal de Ayotzinapa; tenía 22 años y un bebé de 15 días, no hay imaginación que alcance para nombrar lo sucedido. Así que la sociedad, algunos medios de comunicación, algunos periodistas (Marcela Turati y Blanche Petrich, principalmente), responden a esa maquinaria con la rostrificación total del cuerpo de Julio César. A la imagen terrible de su tortura se le oponen inmediatamente los gestos (en fotografías y frases), el proceso de devolución de rostro que le ha sido robado: «me quitaron el rostro, pero hoy los que marchan son mi nueva cara», se ven cientos de pancartas que acuden a la rostridad. «Pude haber sido aYotzinapa», el rostro propio se ha ensamblado, multiplicado.

Quizás de manera intuitiva, la sociedad indignada y profundamente herida por esta acción, reacciona con tal vehemencia al acto. Primero parálisis y enseguida, conciencia colectiva de que no hay manera de dejar pasar de largo, el atentado de un poder brutal y despótico. El rostro es ya una política y es y ha sido uno de los elementos centrales de la movilización social en torno a los normalistas. No hubo, no ha habido capacidad de los poderes formales y fácticos de borrar esa primera escena y su contundente respuesta.

Tercera escena: 43 fotografías-grabados-dibujos-rostros, estallan, circulan, contagian, se instalan en muchos y distintos espacios sociales, en las redes, en las calles y, especialmente, en las universidades de México y del mundo. Una imagen, 43 pupitres vacíos, en cada uno la fotografía de cada uno de los 43 normalistas desaparecidos, secuestrados, levantados en un paisaje de terror, a veces, una veladora. Y ahí el «pase de lista», ese antiguo mecanismo que tenemos los

JUVENICIDIO

maestros, de hacer presentes a nuestros estudiantes en el aula de clase: Miguel, Daniel Severo, Luis Ángel, Mateo ¡Presentes! Y el llanto colectivo que estalla a veces silencioso, como pequeñas gotas que marcan la rostridad de los participantes, en este acto vital de «reponer rostro». No son 43 rostros de jóvenes anónimos, datos, cifras, estadísticas del horror que saturan el paisaje nacional. Se trata, como lo diría Lévinas, de una acción, una política, en la que se declara: «nunca más un ser para la muerte sino un ser para el otro». El rostro nuevamente. Dice Lévinas: «el otro, como rostro que me enfrenta y restituye» que trae la presencia ausente (1987). Rostridad.

Rasgos definidos, un sujeto popular, que a la manera del 1994 zapatista (que tapó su rostro para hacerse visible), representa un poderoso mensaje: ese México de represiones sistemáticas, de luchas antiquísimas, de jóvenes empobrecidos que aspiran a un destino distinto que migrar, engrosar las filas del narcotráfico o del ejército. 43 rostros que gritan, finalmente, lo inaudible: ya no más, basta. Nuevamente, quizás de manera intuitiva pero certera, la sociedad entiende que esos rostros que me enfrentan, restituyen mi dignidad. No es la mirada petrificada (sobre la Gorgona), son antes que nada 43 jóvenes que son palabra y que llaman la responsabilidad del yo. De ese calibre es el efecto telúrico de Ayotzina-pa. Deshacer este rostro es imposible, porque es ya un compromiso ético. Otra vez Lévinas: «La simpatía y la compasión, sentir dolor por el otro o “morir mil muertes” por el otro tienen, como condición de posibilidad, una sustitución más radical de los demás. Una responsabilidad hacia el prójimo que consiste en soportar su desgracia o su fin como si se fuera culpable. Es la posibilidad definitiva: sobrevivir como culpable» (1998). Sin embargo, yo querría sustituir la idea de sobrevivir como culpable, no porque la encuentre intolerable o falsa, sino porque hay ahí un gesto religioso del que quisiera separarme: vivir como corresponsable.

De ahí la centralidad de las verdades éticas.

«Las verdades éticas, sin embargo, no son descripciones del mundo, sino afirmaciones a partir de las cuales lo habitamos y nos conducimos en él. No son verdades objetivas y exteriores, sino sensibles: lo que sentimos ante algo más que lo que opinamos. No son verdades que tengamos por separado, sino que nos vinculan a otros que perciben lo mismo. No son enunciados que puedan dejarnos indiferentes, sino que nos comprometen, nos afectan,

La turbulencia en el paisaje: de jóvenes, necropolítica y 43 esperanzas

nos requieren. No son verdades que iluminan, sino verdades que queman»
(Fernández Savater, 2015).

Y eso es Ayotzinapa, verdades que queman. Buscando a los 43 normalistas y haciendo el duelo por 7 estudiantes, 6 caídos esa noche terrible y uno más identificado por el ADN en un pequeño hueso; muchas y muchos jóvenes han encontrado una nueva forma de decir «nosotros», de autoconvocarse y consolarse, decirse en voz alta que las cosas no pueden seguir así, traer sus sueños, el deseo de otra cosa; de abrazarse en medio de la desolación y ser aún así, capaces de una enorme generosidad. Verdades que queman son los millones de jóvenes que viven en la pobreza extrema (un 50% en México), verdades que queman, son los millones de excluidos de la educación, del trabajo, de la salud, de la felicidad; verdades que queman, son miles y miles de jóvenes, víctimas y victimarios que se encuentran en dos geografías y un mismo paisaje.

Finalmente, quisiera plantear que resulta imposible entender las movilizaciones estudiantiles y juveniles en torno a Ayotzinapa, sin acudir a la historia reciente de las movilizaciones y articulaciones del 2011 (Acampadas) y 2012, «Yo Soy 132». El seguimiento puntual y el análisis (material para otro ensayo) de las redes que se han movilizadas, lleva inmediatamente a todos los nodos nacionales e internacionales del movimiento Yo Soy 132. Esto resulta fundamental, especialmente para poner en clave de futuro Ayotzinapa y sus derivas.

En esa constante especie de ceguera adultocéntrica, cuando en la emergencia de Yo Soy 132, muchos analistas dijeron que «finalmente» la juventud mexicana había despertado, ignorando que nunca ha estado dormida y que se ha mantenido activa, en diferentes escalas, casi todas de carácter micro: colectivos musicales, de poesía, empresas de autogestión, economías solidarias, trabajo comunitario y una larga lista de modos en los que se insertan y buscan incidir en las necesarias transformaciones de una sociedad cuyo «proyecto» no aguanta más. La corrupción, el autoritarismo del «nuevo» PRI y sus actores, principalmente Enrique Peña Nieto, los resultados cantados de una elección manipulada, el monopolio histórico de los medios de comu-

nicación, los sacaron a las calles en 2012 en una marea infinita de diversidades. El dolor, la rabia y la indignación, los sacó a la calle en 2014. Haciendo política a la manera de Rancière [...], forzando los límites de lo considerado normal, haciendo estallar cotidianamente el mapa policial de lo posible; *hackeando* —no sólo en las redes— los supuestos sobre los que reposa nuestra comprensión del mundo.

Eso es lo que las y los jóvenes oponen al necropoder, al neoliberalismo que los condena a ser dóciles reproductores de una realidad que los excluye, los elimina, los desaparece. A la voracidad de la máquina de muerte y la gestión de la catástrofe, ellas y ellos oponen, resistencia creativa. Falta mucho por hacer, la realidad es inclemente y los indicadores preocupantes. Pero hago mías las palabras de Amador Fernández Savater: «la política consiste, pues, en la construcción, a partir de eso que sentimos como una verdad, de formas de vida deseables, capaces de durar y sostenerse materialmente. Las verdades éticas *dándose un mundo*» (*op cit.*). Y eso es justamente lo que las y los jóvenes están decididos a realizar: darse —y de paso, darnos—, un mundo.

Las urgencias en este paisaje turbulento son muchas, el desafío es inmenso, pero se empieza a cambiar cuando se decide caminar juntas. Juntas y juntos caminamos el camino de esas 43 luces que abrieron un posible horizonte.

Bibliografía

- Cavareto, A. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Anthropos y UAM-I, Barcelona.
- Fernandez Savater, A. (2015). «Reabrir la cuestión revolucionaria (lectura del Comité Invisible)», Madrid: eldiario.es. Disponible en: http://www.eldiario.es/interferencias/comite_invisible-revolucion_6_348975119.html. Consultado el 23 de enero de 2015.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México.
- IOM (2014). *Fatal Journeys. Tracking lives lost during migration*. International Organization For Migration, Ginebra.

La turbulencia en el paisaje: de jóvenes, necropolítica y 43 esperanzas

- Levinas E. (1998). *La muerte y el tiempo. En Dios, la muerte y el tiempo*, Ed. Cátedra, Madrid.
- (1987). *De otro modo que ser o más allá de la esencia*. Ed. Sigueme, Salamanca.
- Merino, J., Zarkin, J. y Fierro, E. (2015). «Desaparecidos» en *Nexos*, nº 445, enero. Disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=23811>. Consultado el 23 de enero de 2015.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica seguido de Sobre el Gobierno Privado Indirecto*. Melusina, Madrid.
- Radford, J. y Russell, D. E. H. (1992). *Femicide: The Politics of Woman Killing*, Twayne Publishers, Estados Unidos.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Reguillo, R. (2014). «Temas contemporáneos: somos un país disfórico», en *Espesjos Laterales*, blog de Nuestra Aparente Rendición. Disponible en: <http://nuestraaparenterendicion.com/index.php/blogs-nar/espejos-laterales/item/2211-premio-wpp2013>. Consultado el 24 de enero de 2015.
- Sontag, S. (2006). *Sobre la fotografía*. Alfaguara, Buenos Aires.
- Valenzuela, J. M. (2012). *Sed de Mal. Femicidio, jóvenes y exclusión social*. El Colegio de la Frontera Norte/UANL, Tijuana.